

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, diciembre de 1951

Núm. 994

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

EL NACIMIENTO

ERA diciembre. Hacía más de dos horas que la noche, fría como todas las de este mes, había extendido sobre la antigua y legendaria ciudad su manto de sombras, que inútilmente trataban de disipar las bombillas del alumbrado público, de trecho en trecho colocadas.

En una habitación alumbrada por un foco eléctrico y amueblada no con lujo pero sí con sencillez y gusto, María Orive, sentada en una butaquita azul celeste cerca de la encendida chimenea, parecía abismada en tristes pensamientos.

María aún no había cumplido los treinta años; era hermosa, y un sello de profunda tristeza daba mayor realce a su hermosura.

Mientras fuera el viento silbaba con violencia y el agua de la lluvia azotaba los cristales de los cerrados balcones, aquella mujer pensaba en lo efímeras y poco duraderas que son las dichas de este mundo.

No hacía aún seis años que estaba casada con José Torres. Enamorados uno del otro, los dos habían unido su vida soñando una felicidad sin límites; fueron felices los cuatro años primeros, viendo alegrado su hogar con la presencia de un precioso niño, al que por deseo de su padre se puso el nombre de Jesús.

Mas aquella dicha duró poco; amigos frívolos y mundanos arrastraron a José, que empezó a descuidar sus deberes y frecuentar más de lo debido los círculos y teatros, concluyendo por estar alejado de su casa muchas horas del día y de la noche, entretenido en sus distracciones.

María, pensando en todo esto, y viendo su hogar frío porque le faltaba el calor del cariño, sintió que dos lágrimas asomaban a sus ojos.

El pequeño Jesusín entre tanto, delante de una mesa colocada en un ángulo de la sala, y cubierta de verde musgo, que él mismo había cogido en las horas de paseo, se entretenía en colocar las figuras de un Nacimiento.

Una doncella entró a decir:

—Preguntan por don José, señorita.

—Diga usted que no está. Si necesitan verle, que vayan al casino.

El niño, al oír este breve diálogo, levantó la cabeza, y, saliendo de la sala, volvió a entrar, trayendo una caja de piezas de construcción que su papá le regalara el día de su Santo.

Pasó otro rato sin que turbase el silencio más ruido que el del viento al silbar, el de la lluvia al caer y el del péndulo del reloj al moverse acompañado.

Volvió a entrar la doncella.

—Este telegrama urgente y con respuesta pagada para el señorito.

—Trae que firmo el recibo, y vete al casino a llevárselo.

Nuevamente alzó el pequeño Jesús su cabecita al oír la palabra casino, como si su inocente corazón la rechazase.

Media hora más tarde oyeron abrir la puerta sin que nadie llamase, y comprendiendo quién era el que entraba, madre e hijo corrieron a su encuentro.

Era efectivamente José.

—Papá, papá—gritaba el niño queriendo subir a sus brazos— dame un beso.

—¿Vienes a cenar?—preguntó María.

—No; cenaré con unos amigos en el Hotel Roma. Vengo a cambiarme de calzado, porque está mojado el que llevo, y a decirte que pongas en mi maleta la ropa necesaria para un viaje de ocho o diez días, porque probablemente saldré para Madrid mañana en el primer tren.

Una nube de tristeza nubló un momento los hermosos ojos de María, mas dominándose dibujó en sus labios una dulce sonrisa.

—¿Qué. Ocurre alguna novedad?—preguntó.

—No; ninguna. Es cuestión de negocios.

—Papá, ven a ver el Nacimiento—decía Jesusín agarrándose al gabán de su padre.

—Mañana lo veré, rico mío.

—No, ahora...—y el niño tiraba del gabán queriendo arrastrar a su papá.

Preciso le fue a éste ceder, y siempre cogido por el niño se acercó a la mesa donde el Nacimiento estaba.

En primer término se veía una choza de madera cuyo tejado simulaba aparecer cubierto de nieve. En la choza se veía la cuna donde un Niño Jesús de caucho reposaba. Al lado de la cuna estaba la Virgen María y detrás, como queriendo calentar al niño con su aliento, una mula y una vaca de tosco barro y de regular tamaño.

Desparramados alrededor de la choza había multitud de zagalas y pastores llevando como ofrenda al Rey Niño, corderillos, gallinas huevos, leche, miel y turrón.

Alejada de la choza todo lo que permitía la mesa, se veía una casa que el niño había levantado con las piezas de su caja de construcción y que el padre tomó por el palacio de Herodes, por su aspecto casi elegante.

—¿Te gustó, papá? ¿Te gustó?—repetía alegremente Jesusín.

—Sí—respondió José por decir algo— Pero noto una falta: no está San José. ¿Cómo no tienes a San José?—Habrá que comprártelo.

El niño, sin duda asociando y mezclando en su inteligencia lo que su mamá le había contado acerca del nacimiento del Niño Dios con lo que a su alrededor veía y escuchaba, contestó con viveza:

No; si le tengo, le tengo. Pero junto a la cuna del Niño, está nada más la mamá, sólo la mamá. San José está aquí, míralo: en el casino... siempre en el casino.

Y con su manecita señalaba la casa que el padre tomó por el palacio de Herodes, donde efectivamente el niño había colocado la tosca figura de San José.

El padre, al escuchar los inocentes reproches de su hijo, sintió que del fondo de su alma le subía al rostro una oleada de vergüenza. Pasó una mano por su frente ardorosa, vaciló un instante, y luego, con un movimiento brusco, nervioso, rápido, tomó la figura de San José y la colocó al lado de la cuna. De un manotazo derribó después la casa que el niño llamaba el casino, y tomando al pequeñuelo en sus brazos le dijo dándole muchos besos: — ¡Tienes razón, hijo mío, tienes razón!

Luego, volviéndose a María, que contemplaba la escena emocionada, la echó el brazo izquierdo al cuello, y atrayéndola suavemente le dió un sonoro beso.

—Perdóname, María; perdóname todo lo que te he hecho sufrir. Ya lo ves... el casino está destruido y San José ya está al lado de la madre y del hijo para no separarse jamás. Ceno aquí esta noche y mañana y siempre... No hagas la maleta, porque suspendo el viaje.

El Nacimiento hecho por nuestro hijo ha sido el renacimiento de nuestro amor y de nuestra dicha.

MARCELINO Z. GUTIERREZ

¡En el umbral!

Unos cuantos días más, y este año tocará a su término...

Cuando la aguja que, sin parar, se mueve delante de mis ojos, haya dado pocas vueltas más a la esfera de esmalte, la mano de lo invisible se adelantará...

Y, a media noche de un día próximo, esta página de mi vida que por espacio de doce meses he ido llenando, me será recogida, y allá en el silencio de la eternidad, me esperará.

Tal como la he escrito, irá ante el Examinador eterno.

Irá con el bien que en ella me propuse escribir; con las vanidades que el mundo ha vertido en mis días; con el mal ¡ay! en que mi flaqueza me ha hecho caer...

Allá arriba tengo ya otras páginas.

¿Cómo son...? ¿Buenas...? ¿Malas...? Nadie sabe si es digno de amor o de aborrecimiento...

¿Cuántas son las que he de escribir...?

¿Llegaré siquiera al final de aquella que Dios va a ponerme delante de los ojos...?

Misterio insondable el del tiempo, que se escurre como el agua por entre los dedos...

Tiempo en el cual no pienso...

¡Tiempo que es una eternidad!...

Muchas veces siento la impresión del vértigo.

Oígo el rumor lejano del abismo que se acerca... el abismo que se ha tragado tantos millares de vidas humanas, y que, dentro de poco, tragará la mía.

Pero, muchas veces, no te siento... no reflexiono...

Y aún conozco gentes que bostezan... que no saben cómo han de empujarse para que con más prisa corras... que no saben cómo han de matarte...

Tiempo misterioso ¿para qué me eres dado?...

¿Para comer?... ¿Beber?... ¿Dormir?...

¡Ese no es siquiera el ideal de mi perro!

¿Para ganar dinero... mucho dinero?

Contemplo este billete de Banco, grisiento y descolorido, palpado por innumerables dedos ávidos... este oro, esta moneda, por los cuales se cometen tantas infamias.

¿Será ése el objeto, la meta, el fin de mi vida?... ¿El ideal del pensamiento humano?...

Y, mañana... cuando me toque la vez, cuando esta pequeña ola humana que

es mi vida llegue a las playas de ultratumba, ¿qué haré de este dinero?...

¿Lo llevaré conmigo?

¡No... no me llevaré nada, si no es a mí mismo... ¡el pobre yo!

Entonces, ¡Entiendo!...

Sacude el moho y la herrumbre que el hábito de las palabras pone como un lastre sobre la energía viva de los pensamientos.

Tiempo, me eres concedido para hacer de ese yo algo hermoso.

Poco importa que ello sea la estatua de un niño, de un hombre o de un anciano, lo que es menester que esa estatua sea digna de que en ella se detengan las miradas.

Es menester que el Artista divino, que me espera en el umbral de la eternidad, vea su imagen en el mísero y tembloroso despojo que la muerte va a arrojar a sus pies...

Ya lo veo que me mira e interroga.

¿Qué has hecho de los cinco talentos? ¿Llevas la señal de la bestia, o la del espíritu?...

¿Quién ha mandado: tu cuerpo, o tu alma?...

En aquel momento, nada quedará del vano ruido del mundo.

Las vanidades, los convencionalismos, las cobardías, las intrigas, las mentiras, dichas a los otros o impuestas a uno mismo, todo aparecerá a la luz de la verdad...

Todo se acomodará en el lugar que le corresponde según su densidad.

Como fundamento de la esperanza, restame haber amado lo hermoso y bueno... Haber procurado realizarlo en mí y en otros.

Comprenderé el precio inestimable de aquella moneda dada al pobre... de aquella correría que, a despecho de la lluvia, hice por las calles en busca del hogar obrero... de aquel catecismo monótono en una capilla pobre y abandonada, con niños harapientos como oyentes...

Todo lo que el mundo haya aplaudido será vicioso.

Todo lo que el mundo haya amado habrá perdido su perfume.

Oro puro y acendrado será únicamente lo que Vos solo ¡oh Dios mío! hayais visto...

Será la señora consagrada a las obras de piedad y celo, el joven reflexivo y casto entre la indiferencia de los compañeros, el religioso humilde y bueno.

Será la virtud gris, voluntariamente escondida entre la vida prosaica y material.

¿Cómo estoy en punto a estas cosas? Si hiciese un inventario exacto y riguroso de mi alma, como el comerciante hace el de su almacén... ¿qué me quedaría entre las manos?

Sé lo que parezco...

Ignoro lo que soy...

¡Año que vas a comenzar, quiero aprovecharme de tí!

Tal vez he perdido la primera batalla...

Mas, en tanto la muerte no me haya arrebatado de entre los dedos la última página del libro de mi vida... en tanto mi corazón lata en mi pecho... en tanto pueda abnegarme... en tanto pueda sufrir... en tanto pueda amar... en tan-

to no haya parecido ante la faz de Aquel cuya visión suprime la libertad y el mérito, puedo escribir cosas y ejecutar actos que el Juez Supremo aprobará, porque sabe que por El se han escrito y se han hecho...

Que estos renglones impersonales, trazados como una meditación en el umbral de un año preñado de angustiosos misterios, lleguen al corazón de quienes piensan que el tiempo corre y Dios se acerca...

PIERRE L'ERMITE.

CHARLA

—Señorita, un recibo de tres pesetas del Catecismo de la Parroquia.

—Ya no pago más. Llévselo al señorito por si quiere pagarlo él.

—Sí, mujer, lo pagaré yo. Total son tres pesetas nada más.

—Ah, estabas ahí. No te había visto; pero es que ya son muchos los recibos que voy pagando este mes.

—Lo comprendo. Es mes de extraordinarios, y tu presupuesto debe de andar bastante escaso. Creo necesitas un pequeño refuerzo para que no abandones estas pequeñas atenciones de Navidad.

—Sí, ya son muchas.

—No tantas, esposa, no tantas como parecen.

—Casi todos los días nos vienen con algún recibo; y eso sin contar los que vienen mensualmente.

—Pero tú no cuentas lo que se gasta en el cine, en el café, que, aunque pocas veces vamos, con ir un día a la semana, supone...

—Sí, ya lo sé. Supone bastante, pues el domingo te costó la película veinte pesetas, que te gastaste por complacerme a mí, que tenía mucho interés en verla y a ti no te gustaba ver esa clase de películas.

—Bien, pero la satisfacción de complacerte era ya bastante para sacrificar mis gustos personales.

—Muy atento. Como siempre. No olvides la galantería ni después de tantos años de matrimonio.

—Me obliga a ello tu proverbial amabilidad y afecto.

—Muy amable.

—Bueno, pero lo del cine del domingo fué extraordinario y como extraordinario, debemos de admitir esos múltiples recibos navideños que en estos días llueven con abundancia.

—Fíjate, este mes llevo pagados once recibos que importan... pues... cuarenta y seis pesetas.

—Más llevamos este mes de cines, con tanta película extra. Esta temporada, parece que han encontrado películas del agrado femenino y como además son todas también de precios extras, no te digo lo que vamos gastando.

—Es que coinciden así. Sin embargo, se pasan largas temporadas sin que vayamos a sitio alguno.

Estamos en el mes de diciembre y es un mes en que hay que disfrutar un poco más, con motivo de las fiestas de Navidad

—Veo que no te alarman mucho los gastos.

—Este mes no. Los veo con simpatía.

—Y entonces...

—Que todos tienen derecho a disfrutar en este mes. Por eso no rechaces ningún recibo y págalas a todos, que aunque pequeñas aportaciones, pueden sumar alguna cantidad mayor con la cual se hará una buena obra.

—En fin. Tú decides. Haré lo que gustes.

—Y si no suprime el cine del próximo domingo y tendrás para bastantes recibos de tres pesetas.

—Es que... el domingo echan esa película de «La Señora de Fátima» que creo está muy bien.

—Pronto empiezas a preparar el terreno. Estamos a lunes, todavía.

—Es que habrá que encargar a tiempo las localidades.

—Pero ¿no decías que eran muchos gastos con tantos recibos?

—Sí, efectivamente, pero con tus argumentos me hiciste cambiar de opinión. Prefiero seguir pagando pequeños recibos y en premio... tú me llevarás al cine el domingo próximo.

—Y, mientras vayas al cine todos los domingos, no se te ocurra protestar de la pequeña limosna que das a quien lo necesita para hacer buenas obras de caridad y amor al prójimo.

—¡Qué atento! Estás en todo. No hay cosa mejor que tener un marido inteligente.

—Está bien. Encargaré las entradas para ver el domingo «La Señora de Fátima».

—Si no te quería decir eso, esposo mío.

—Pero yo soy muy inteligente.

Don Justo

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

...Y cuenta San Mateo que, «viéndose burlado Herodes por los Magos, se irritó sobremanera y mandó matar a todos los niños que había en Belén y en sus términos, de dos años para abajo, según el tiempo que con diligencia había inquirido de los Magos...»

Y así se consumó aquel gran crimen que la Humanidad siguió comentando con horror a través de los siglos: la matanza de los inocentes...

El tirano de todos los tiempos y épocas, siempre tuvo especial predilección por los inocentes, por quienes no tenían culpa, por aquellos que representaban un orden, una sumisión respetuosa, una bondad de corazón o ninguna responsabilidad del delito de que se les acusaba.

Ha sido siempre esta norma la característica especial de estos hombres injustos: la de cometer injusticias atroces, buscando hombres justos en quienes saciar su sed de venganza, por sus propios errores o por querer acallar el grito de su conciencia, que encontraba inmoral al ver la pureza de la moral ajena.

Si repasamos la historia del mundo, leeremos con escándalo el constante atro-

pello del poderoso con el hombre justo, llegando a la crueldad inicua que nos llenará de sorpresa al contemplar cómo la injusticia triunfa casi siempre, vengándose en el inocente y en el hombre de bien.

Desde el Calvario. Y más atrás aún, ya que hoy recordamos la matanza de los niños inocentes de la época de Herodes, la injusticia impuso sus absurdas leyes y estableció su dominio en el mundo con persecuciones, cárceles, asesinatos, deportaciones y tantos males como ha inventado la perversidad humana para perseguir el bien, tratando con ello de ahogar la conciencia que grita a todos los tiranos, la vida inmoral en que viven contraria a toda razón y a todo principio religioso.

Siempre ha habido víctimas y verdugos. Y casi siempre la víctima era más inocente que el verdugo cruel, que más se ensaña, cuanto mayor es la injusticia que comete.

La historia del mundo no es más que una narración continuada de grandes injusticias que unos hombres han cometido contra otros. El débil, el honrado, el justo, el santo, han sido siempre perseguidos con crueldad por el fuerte, por el malvado, por el injusto, por el antirreligioso, con el satánico objeto de hacer enmudecer su conciencia que le grita a través de aquellos hombres justos y santos, que obra mal y vive fuera de la ley de Dios.

¡Ay del débil, del justo, del santo, si no hubiera otra justicia superior que, por encima de la justicia de los hombres, uo hiciera triunfar definitivamente la verdad y la verdadera justicia! Por eso se dejan morir, perseguir y calumniar tantos hombres buenos que tienen fe y saben de lo efímero de la vida, y que el tirano que ordena su persecución y su muerte no es feliz en su papel de verdugo.

El tirano no encontrará la felicidad en la persecución; pero sí la encontrará la víctima perseguida.

El rey Herodes sigue organizando en el mundo la persecución de víctimas inocentes. Nunca quedará satisfecho, ni saciado su odio, porque nunca dejará de escuchar la voz de su conciencia que le grita constantemente.

Confiemos en la justicia de Dios y despreciemos la justicia de los hombres.

Y sentado Jesús de Nazaret en la falda del monte, rodeado de multitud inmensa y de sus discípulos, les dijo:

«Bienaventurados... Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos...»

R.

El niño es así

Si el niño quisiera, podría volar ahora mismito al cielo. Pero por algo no se va. ¡Le gusta tanto echar la cabeza en el pecho de su madre y mirarla y mirarla sin descansar!

El niño sabe una infinidad de palabras maravillosas, aunque son tan pocos los que en este mundo entienden lo que él dice. Por algo no quiere hablar. Lo único que quiere es aprender las palabras de su madre. ¡Así pone ese aire tan inocente!

El niño tenía un montón de oro y perlas, y se vino a esta vida como un pobrecito. Pero por algo vino así. ¡Pordioserillo desnudo, que se hace el desvalido para poder pedirle a su madre el tesoro de su afán!

El niño era bien libre en la tierra de la lunita nueva. Pero por algo regaló su libertad. ¡El sabe la alegría inmensa que cabe en el rincón del corazón de su madre, y cuánto más dulce que la libertad es ser cogido y apretado entre sus brazos queridos!

El niño vivía en el mundo de la dicha perfecta, y no sabía llorar. Pero por algo eligió las lágrimas. Porque, si con su sonrisa se ganaba el corazón ansioso de su madre, sus llantillos por cualquier penita le atan un doble lazo de lástima y amor.

(De una leyenda oriental)

El Niño Dios

Sois Dios y al mundo bajáis,
y en vuestra riqueza suma
en pajas os acostáis,
y a mí, esclavo, me encontráis
durmiendo en lecho de pluma.

Yo, pobre, de oro vestido,
y Tú, Rey, Señor, desnudo
Yo caliente, Tú aterido.
¡Señor, Señor! ¿Cómo pudo
tal cosa haber acaecido?

¿Cómo cubro mi pobreza
ante tanta desnudez
que presenta tu riqueza?
¿No es la mía tu estrechez,
y la tuya mi largueza?

¿Por qué humana presunción
ante tu regia humildad?
¿No tiene tu corazón
ojos que ven la verdad
porque no ven la ilusión?
¿Entonces, a que fingir?

Señor: ya puedes venir
bendiciendo a vuestra grey
vestido, cual sois, de Rey,
que yo pobre he de vestir.

Hermenegildo Rodríguez

Comentando

Navideñas

Es de tal magnitud la fiesta de las Navidades, que todos los años se celebra en todo el mundo con grandes regocijos y extraordinarios. Se considera la conmemoración Navideña como el recuerdo trascendentalísimo del principio de una era histórica, y precisamente, con un acto tan familiar como lo suele ser en todos los hogares el nacimiento de un niño.

Nada hay más familiar entre todos los acontecimientos que se presentan en la

vida del hombre, como sentir aumentada su familia con el nacimiento de un infante. Motivo de enhorabuenas y regocijos, todos los matrimonios se sienten orgullosos ante acontecimiento tal. Comunican su alegría a sus amistades y parientes y todos ellos se juntan a dar parabienes a quienes se ven y sienten felices ante tal regalo del cielo.

Es esta, y no otra, la razón por la que el nacimiento del divino Niño, se celebra con carácter familiar y nos regocijamos en festejar su nacimiento. La Santa Iglesia, que es maestra de costumbres, nos aconsejó y enseñó a prestar este calor de cuna al recién nacido, celebrando su nacimiento con el lujo y esplendor que adornaría el nacimiento de un hijo nuestro.

Y las familias se reúnen en la intimidad todos los años, y celebran entre risas y contento estas fiestas, en las que nada se escatima, y en las que se distingue siempre, no solamente la alegría infantil, sino también la de los mayores, ya que no solamente se celebran estas conmemoraciones en las casas en que hay niños, pues aun en aquellas en que solamente se pueden reunir personas mayores, se sabe brindar por la alegría celestial que sintieron los ánge-

les al anunciar a los pastores el magno acontecimiento histórico.

Celebramos estas fiestas en familia, y nos parece que Dios, en premio a nuestros buenos deseos de honrar a su Divino Hijo recién nacido, nos da ánimos para conservar nuestros deseos, nuestra devoción y nuestra alegría, y tal parece que en uno de los sillones de nuestra mesa se sienta la Virgen María como madre del nacido Niño Jesús.

¡Y en cuántas casas no se celebra este banquete de nacimiento con lágrimas en los ojos, llorando a los que no asisten porque se fueron a la inmortalidad del Cielo!

Pero no por eso se deja de celebrar la fecha. Y es que nos damos cuenta de que en este día, aunque no a la mesa con nosotros, nos acompañan desde su sitio del Cielo, y que también en el Paraíso se entregan al regocijo y al esparcimiento en honor del recién nacido, que nace nada más que para morir por nosotros.

Nosotros brindamos con vinos generosos, y El, a la postre, ha de brindar con su sangre.

Honremos estos días, y distingámoslos de los demás del año; cantemos himnos de contento y alegría, y adoremos al Redentor en compañía de los Magos y de

los pastores. Alcemos nuestras copas, y brindemos: ¡Hosanna al que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas HERO.

CONSEJO

Continuamente nos están haciendo favores, y a diario recibimos atenciones de otras personas que no tienen ninguna obligación para con nosotros. Y sin embargo, cuando por cualquier circunstancia dejan de otorgarnos esos favores o esas atenciones, nos ofendemos y no nos faltan palabras desagradables de censura para quienes nos han favorecido hasta entonces.

Fácilmente creemos que el favor que se nos hace frecuentemente, forma parte de la obligación de los demás para con nosotros mismos, y no tenemos en cuenta que es favor y aunque dejen de favorecernos no debe nunca de ser olvidado y mucho menos ofendernos por ello.

(Don Alfonso El Sabio)

Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado



José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hieruos de la Ciudad, n.º 9
(Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

Almacenes

Covadonga, 27
(esquina al Parque Infantil)
Teléfono 18-17

Arbués

Materiales
de
Construcción

GIJON

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874
La más antigua de la provincia
Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES
Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La Caja de Ahorros de Asturias



Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)